

Diálogos entre filosofía y arquitectura en el habitar del siglo XXI

Dialogues Between Philosophy and Architecture in 21st-Century Living

María Cristina Toro Zambrano¹

Instituto de Estudios Superiores de Occidente
México

mkristor@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-9309-395X>

DOI: 10.32870/rhgc.a3.n5.2.23a

Obra bajo licencia internacional:

Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0



Recibido: 15/09/2022

Revisado: 05/10/2022

Aprobado: 28/11/2022

Resumen

Los problemas del habitar pueden ser tratados desde diferentes perspectivas. Dentro de las más relevantes están la teoría arquitectónica y la filosofía. El interés de este artículo es hacer un diálogo entre estas dos disciplinas para abordar la cultura y la manera de habitar las ciudades del siglo XXI y si hay un habitar auténtico o si está en crisis.

Usando como referentes conceptuales a Edmund Husserl y Martin Heidegger para tratar los conceptos de mundo y habitar, respectivamente, y una descripción de algunos elementos culturales de la sociedad contemporánea.

Palabras clave: arquitectura, filosofía, habitar, cultura, contemporáneo

Abstract

The problems of dwelling can be approached from different perspectives. Among the most relevant are architectural theory and philosophy. The interest of this article is to establish a dialogue between these two disciplines to address the culture and way of inhabiting cities in the 21st century, and whether there is an authentic way of dwelling or if it is in crisis.

Using Edmund Husserl and Martin Heidegger as conceptual references to address the concepts of world and dwelling, respectively, and a description of some cultural elements of contemporary society.

Key words: architecture, philosophy, inhabit, culture, contemporary.

1. Filósofa colombiana. Doctora en humanidades. Magister en filosofía latinoamericana. Profesional en Filosofía. Docente de formación humana. Ha trabajado el concepto del habitar y del espacio en relación entre filosofía, el arte y la arquitectura, especialmente desde autores contemporáneos. Creadora y directora del espacio de difusión filosófica www.filosofiyvino.com
Contacto: mkristor@gmail.com más datos en <https://orcid.org/0000-0002-9309-395X>

Introducción

“El acto de habitar es el medio fundamental,
en que uno se relaciona con el mundo”

Pallasmaa, 2021 p. 7

Una de las maneras de aproximarse a la comprensión de la sociedad del siglo XXI, es a través de las humanidades, aquella que en tiempos clásicos se ocupaba de la literatura, la filosofía y las artes, las cuales veían el conocimiento como una totalidad para la comprensión del ser humano y el mundo en general. Pero lo cierto, es que no es posible, dentro de las humanidades hablar de todo y, sobre todo. Así que en este texto propongo poner en diálogo algunas ideas de la filosofía fenomenológica de Husserl y Heidegger con la descripción de la vivencia arquitectónica del siglo XXI, para la comprensión de lo que podría significar *habitar* el mundo el siglo XXI.

¿Qué características del habitar determinan eso que llamamos mundo del siglo XXI? Antes de describir ese mundo, es importante decir qué se entiende por tal. Desde la conceptualización filosófica, específicamente en Ideas I, de la fenomenología de Edmund Husserl, *mundo*, se refiere a la realidad en general que incluye: las cosas, los seres humanos, la cultura, la constitución de la sociedad, la naturaleza, los sistemas de ideas éticas, políticas, estéticas y científicas. Es decir, que con el concepto mundo se incluye no sólo objetos, sino las múltiples relaciones en distintos ámbitos, por ello *mundo* (Welt) es una unidad, es “el ámbito del ser” ,el lugar donde acontecen los fenómenos, todo lo real que percibimos naturalmente a nivel individual (desde el yo) o todo lo que percibimos a nivel colectivo (intersubjetivamente).

En esta concepción amplia de mundo, también cabe todo lo que es posible, en palabras del autor, el *mundo* es “la suma total de los objetos de la experiencia posible y del conocimiento de la experiencia posible” (Husserl, 2013, p. 88). Es decir, mundo también es todo aquello que podamos pensar, imaginar y percibir como una experiencia. Entonces, este concepto abarca todas las posibilidades que el ser humano puede conocer y experimentar intuitivamente, los propósitos humanos, el sentido que le damos a las cosas y a las vivencias, a los espacios, a nuestro habitar.

Desde la fenomenología de Husserl diríamos que el mundo es primeramente “el mundo circundante de la vida cotidiana” (Zirión, 2017) el que sea circundante quiere decir que está a nuestro alrededor, arriba, abajo, a un lado y al otro y es, lo más próximo y cercano con lo que habitualmente estamos aun sin hacer una reflexión científica de él, justamente es ese mundo con sus cosas, con las que nos relacionamos pre-filosóficamente. El mundo es entonces predado, se da con antelación, antes de cualquier percepción intencional que tengamos de él, antes de que haya contenidos significantes del mundo, el mundo ya es mundo, porque funge como contenedor de las cosas y las vivencias, y se nos presenta como una unidad y realidad inmediata que vemos, visible y desinteresadamente, es decir en su *patencia*.

Aunque haya un mundo universalmente dado como condición ontológica pre-dada, hay también un modo de él cuya forma concreta se presenta distinta en cada caso, es lo que se conoce como múltiples *mundo entorno*. Está el mundo como el escenario fijo del teatro humano que a su vez presenta varios mundos en escena que se concretizan con cada obra, con su escenografía, su música, sus personajes, sus libretos, un teatro del que también somos personajes, directores, actores y espectadores, del que a veces somos protagonistas o ayudantes de utilería, como en las obras de Brecht. El mundo “está persistentemente para mí “ahí delante”, y yo mismo soy miembro de él. Este mundo no está para mí ahí como un mero MUNDO DE COSAS² sino, en la misma inmediatez, como MUNDO DE VALORES, MUNDO DE BIENES, MUNDO PRÁCTICO” (Husserl, 2013, p. 137).

Esto es relevante para entender que todas las experiencias y vivencias que tengamos con el espacio, las cosas y los demás seres no son iguales porque el mundo se nos da en formas concretas y diversas, es decir, en contornos específicos. De allí que las experiencias serán diferentes porque también los contenidos del mundo, sus fenómenos, están en el marco de esa forma del mundo-concreto para mí, a pesar de ser también el mundo circundante para todos.

El mundo visto desde esta singularidad, se presenta como “suelo” (Boden) como un terreno, “pre-delineado”, bordeado, pre-dibujado y coloreado por una lengua, cultura, tradición, por un pasado que ha hecho que ese mundo que creemos que es mi mundo, mi pasado, mi tradición, mi cultura, es también el mundo para otros que como yo percibo, siendo y doy significado, ya que “todo lo que rige para mí mismo, rige también, como lo sé, para todos los demás hombres que encuentro ahí adelante en mi mundo circundante...Pese a todo, nos entendemos con los congéneres y ponemos en común una realidad espacio-temporal objetiva, como “NUESTRO MUNDO CIRCUNDANTE EXISTENTE PARA TODOS, AL CUAL NOSOTROS MISMOS PERTENECEMOS” (Husserl, 2013, p. 139).

En este caso, hablamos del *mundo* que se ha dado desde el año 2000 en adelante y que viene configurándose desde finales del siglo XX con algunos de los rasgos más predominantes en las ciudades más pobladas de los países desarrollados o en vía de desarrollo, que tiene en su *mundo-circundante* el uso de tecnologías de la comunicación en la vida social y cotidiana, el hiperconsumo como estilo de vida y la globalización en su mercado e información.

Según los filósofos de Chicago School Scholars, la comunicación fue considerada como relevante en el desarrollo de la cultura, así como en el arte, la arquitectura, las costumbres y la política. Esta cultura tecnológica se empezó a gestarse de la II Guerra Mundial, pero tiene como antecedente la revolución de la electrónica en 1950, la aparición de las computadoras personales entre los 80's y 90's y la transmisión satelital para cualquier medio de comunicación, internet, los teléfonos celulares, la digitalización de libros, formas de escritura, lugares, imágenes, cine, etc.

2. El uso de mayúsculas pertenece al texto citado

Otro rasgo analizado desde la sociología es que la sociedad es una “sociedad de consumo” masificada, es decir, que vive bajo la lógica del *hiperconsumo*. Según Gilles Lipovetsky (2000), el consumo individual y excesivo de productos ilimitados lleva a que el sujeto definido como consumista, caiga en el círculo fatal del deseo por lo nuevo, por lo distinto, la experiencia íntima del devorarse el instante, a través de la moda y el lujo. Pero en esa relación el sujeto cae en una dependencia entre la satisfacción de la compra, relacionada con la felicidad, la decepción y la depresión luego de lo ya consumido.

En esta sociedad “la gama de productos expuestos en los centros comerciales e hipermercados tentaculares, en los almacenes o restaurantes especializados. Esa es la sociedad posmoderna, caracterizada por una tendencia global a reducir las relaciones autoritarias y dirigistas y, simultáneamente, a acrecentar las opciones privadas, a privilegiar la diversidad, a ofrecer fórmula de <<programas independientes>>, como en los deportes, las tecnologías, el turismo, la moda informal, las relaciones humanas y sexuales” (2000, p. 19).

El hiperconsumismo lleva a comportamientos narcisistas, materialistas, superficiales y mediáticos. El consumo de esta manera ocupa muchos espacios del mundo cotidiano del ser humano del siglo XXI, ya que es propiamente un ser que busca cada instante satisfacer sus propios deseos, aunque ello sólo sea una felicidad pasajera y efímera.

El rasgo de la globalización por su parte es problemático, ya que se entiende generalmente con él las relaciones políticas, económicas y culturales que se dan en diferentes países, y que se afectan mutuamente, homogenizando procesos y prácticas o discriminando otros, independientemente de que sean países cercanos o lejanos, del primer o del tercer mundo, desarrollados o en vías de desarrollo, grandes o chicos.

Por un lado, la globalización permite mayor apertura y enriquecimiento de la diversidad cultural, así como la divulgación de derechos humanos y problemáticas universales que sensibilizan, ayudan a comprender las distintas formas de realidades sociales del ser humano en el mundo; pero, por otro lado, la globalización afecta negativamente porque es la forma en que las multinacionales monopolizan el mercado global, y en vez de tener un efecto que mitigue las diferencias, las ha incrementado. Por tal motivo, “la globalización no es un proceso unitario, sino más bien, múltiple (Safranski, 2013, p. 19) y así también sus efectos, pueden llevar a la solidaridad global o a la desigualdad global. Se globaliza la información de los grandes medios de comunicación, pero también se globaliza el hiperconsumo.

En esta tendencia del siglo XXI, todo repercute en todo como en un efecto dominó o como un efecto mariposa, donde un pequeño cambio en un sistema puede repercutir enormemente en otro sistema. Incluso afecta el modo cotidiano de vivir, la forma de relacionarse con el otro, con las cosas y con el espacio.

Ahora bien, entendiendo este panorama ambiguo, complejo y caótico propio de la dinámica de este siglo, se plantea la pregunta de ¿qué significa *habitar* en el siglo XXI? ¿De

qué manera afectan los elementos de la comunicación, el hiperconsumo y la globalización en la forma en que habitamos el mundo?

Estos elementos se ven reflejados en el diseño urbano y el pasaje arquitectónico de las ciudades del siglo XXI. Desde la materialidad, la historia de la arquitectura ubica en el siglo XX dos tendencias que marcan la arquitectura y la urbanización de los espacios arquitectónicos del siglo XXI: una que le da importancia a la funcionalidad y a la simplicidad de los espacios, sin darle mucha relevancia a la arquitectura pasada, donde resaltan viviendas sociales, centros deportivos, o industrias; y la otra, que le interesa más el diseño y la puesta artística en las formas. Entre las que se encuentran las ideas conceptuales de la Bauhaus, con estilos abiertos de ventanas grandes y más “puros” y estilos como el de Le Corbusier, donde era importante mantener una armonía del espacio interior con el exterior, que para la arquitectura se llama un estilo más organicista.

En ambos casos se responde a una lógica pragmática del espacio habitado, espacios reducidos y funcionales que optimizan el tiempo, el espacio y los materiales, ya que el estilo de vida de las y los ciudadanos transcurre más fuera de casa. De allí que proliferen los espacios de consumo, centros comerciales, centros financieros y bancarios, lugares para el entretenimiento, lugares fuera de casa para el *hiperconsumo*.

Además, será el siglo de rascacielos, cuyas obras incorporen la tecnología, edificios y casas inteligentes, pero también, modelos creativos diversos que retoman distintas corrientes anteriores a modo de collage y formas híbridas, que empezaban a dar respuesta a problemas como la sustentabilidad, eco-tech, construcciones verdes, etc., que estén en sintonía con la naturaleza. Esta descripción, se entremezcla entre la tendencia por vivir consecuentemente con un futuro más sustentable pero que contradictoriamente continúa siendo un vivir contaminante y en detrimento al medio ambiente.

Cabe preguntar ahora, ¿se habita plenamente en estas arquitecturas del siglo XXI? Si consideramos que *habitar* es algo más que transitar entre muros, escaleras, pasillos, calles, casas, edificios, parques, cafés, iglesias, la pregunta sigue vigente para entender que habitar está relacionado con la forma en que vivimos y la vida que nos provee ese habitar, es decir, con una dimensión humana que requiere analizarse desde la filosofía. Un acercamiento de este tipo se dio el 1950 cuando arquitectos como en finlandés Juhani Pallasmaa, declaran que es importante la conceptualización filosófica para encontrar la auténtica finalidad de la arquitectura, ya que la arquitectura “implica cuestiones metafísicas, concernientes al ser-en-el-mundo del hombre” (Aísa, 2012, p.14).

Como concepto filosófico *habitar* ha estado presente en los pensadores contemporáneos del siglo XX en adelante, especialmente en el filósofo alemán Martin Heidegger, para quien habitar tiene una connotación ontológica, que lejos de concebir el espacio como aquello que es ocupado por un cuerpo, o como el lugar donde se ubican las cosas para ser conocidas, piensa

en el espacio como parte del problema de la constitución del ser-ahí-en-el-mundo, del *Dasein* (ser humano), somos por ello, seres espaciales. El “en” del “ser en” el mundo, hace referencia al habitar, “en procede de habitar en, detenerse en, y también significa estoy habituado a, estoy familiarizado con, soy una familia de, frecuento algo, cultivo algo, tiene pues, la significación en el sentido de habito y dirijo” (Heidegger, 2015, p. 67).

Martin Heidegger, ahondará en su obra “El Ser y el Tiempo” la categoría de tiempo y temporalidad, pero en relación intrínseca con la espacialidad del *Dasein*. Sin embargo, es con la conferencia de *Construir, habitar, pensar* (1951) con la cual el espacio, entendido como espacio en el mundo, entre las cosas y las construcciones, no sería desde entonces, un lugar vacío que se ocupa, sino el lugar del ser, el habitar del ser. Heidegger introduce la categoría de *habitar*, para establecer la relación del ser con los lugares en los que estamos constantemente abocados.

Allí, Heidegger, muestra lo que significa en esencia construir: “construir ya es, en sí mismo, habitar”. Si se piensa en todas las construcciones: puentes, autopistas, edificios, viviendas, fábricas, iglesias, plazas, escuelas, instituciones públicas, cementerios, parques de diversiones, cafés, restaurantes, hoteles, complejos empresariales, centros comerciales, todas ellas están en la “región de nuestro habitar” y “esta región va más allá de esas construcciones”. Esto quiere decir, que las construcciones que están en el espacio urbano, de la época prehispánica o del siglo XXI, no existen por sí solas separadas de la vida misma del ciudadano, sino que son y han sido esencialmente el espacio del ser humano y para la experiencia del ser humano, dado que han “albergado al hombre”. Con esto podríamos afirmar que dichas estructuras arquitectónicas nos albergan, pero quizá no todas nos cobijan. Entendiendo por cobijar aquella acción que implica un cuidar.

Habitar entonces, tiene que ver como el sentido abrigar, residir y cuidar, la pregunta que nos deberemos hacer es ¿nos sentimos abrigados y cuidados por estas arquitecturas? O más exactamente ¿qué se cuida y qué se abriga en este mundo arquitectónico el siglo XXI? Según Heidegger, un habitar auténtico se define porque es capaz de cuidar lo que crece sobre la tierra y se preserva del daño o del peligro que cae de arriba o de lo circundante. El rasgo fundamental del habitar es el cuidar. El ser humano que estrictamente habita es el que cuida la relación con la tierra y el cielo, la divinidad y los mortales. En otras palabras, se habita cuando permanece lo sagrado en ese habitar, cuando se cuida el espacio, cuando se honra los lugares, cuando se cuida la armonía del espacio entre los demás seres.

Lo que el hombre cuida al habitar es la armonía que hay entre esas esferas esenciales que lo constituyen, que conforman a una comunidad, una población, un pueblo, una lengua, una nación. Cuidar la tierra, cuidar el cielo, a los dioses y a los mortales es cuidar lo sagrado. Se cuida lo que originalmente está arriba, abajo, a un lado y al otro. Cuando se habitan los lugares, esos que se han dispuesto materialmente en construcciones para el ser humano y desde el ser del hombre, realmente se cuida el fundamento del suelo, del sentido y todo lo que hace parte de la vida de los pobladores que habitan esos lugares.

Este concepto de habitar tiene importancia porque no sólo implica ver las construcciones en las que materialmente han albergado a una población, sino también su relación existencial con esas construcciones, en donde la vida se ve atravesada por ellas y configura el modo de ser del hombre.

Ahora bien, desde la conceptualización del *habitar* heideggeriano, cabe preguntarse si en el siglo XXI se habita el espacio desde esta condición existencial o no, o mejor, vivir entre edificios, rascacielos, estructuras de hierro y vidrio, lugares de ocio vinculados con el hiperconsumo desmedido, volátil y fútil, que ofrecen estos centros comerciales o complejos empresariales donde está todo lo que podría necesitar, desde bancos, consumo de alimentos, oferta de ropa, recreación, salud y belleza, o ciudadelas para vivir alejados de toda realidad y contacto con la ciudad y sus otras realidades, en conjuntos cerrados, con vigilancia constante, amurallada o enrejadas, parques privados, jardines infantiles y escuelas, pequeños centros comerciales, gimnasios, cajeros automáticos, etc., todo cerca para no salir de ese lugar de protección y seguridad de aparente calma.

Pallasmaa (2021, p. 9) comparte la idea de Heidegger, de que se ha perdido ese sentido de habitar ya que el tiempo contemporáneo es “nervioso, apresurado y plano”, contrario al que percibimos en los edificios antiguos donde el tiempo es “lento, grueso, táctil”.

Aquella sensación se une a la estrechez de algunas viviendas pequeñas, útiles, con espacios cada vez más reducidos, de pocas habitaciones, pensados en la vida de un sujeto soltero, cuya vida transcurre en el trabajo desmedido, sin tiempo para estar en casa, un sujeto individualista de la era del vacío de la que habla Lipovetsky, donde se *desliza*, donde el hogar se convierte en un lugar para dormir de paso, de allí que muchos prefieren hoy vivir en espacios acondicionados y amueblados, para personas en tránsito constante que viajan de un lugar a otro según demandan sus empresas que son multinacionales o dependen de ellas, o simplemente para los viajeros del mundo que van de un lugar a otro y viven el día a día. En todos los casos espacios pensados en aquellos que no tienen familia y un lugar fijo de residencia.

La vida de los sujetos del siglo XXI cotidianamente se constituye con la movilidad constante, la falta de vínculo con una tierra, con una nación, un terruño, ya que desplaza a diversos lugares para ser habitados. Así la noción de habitar desde Heidegger queda suspendida y en crisis ante las nuevas exigencias del siglo XXI, cuyo testimonio son las obras arquitectónicas, ya que para el filósofo alemán habitar tiene como sentido el cuidar, abrigar, residir. Y se cuida lo que crece sobre la tierra y se preserva del daño o del peligro.

El rasgo fundamental del habitar es el cuidar y el se cuida en relación con su entorno, que constituye un vínculo divino, lo que se cuida es la cuaternidad, es decir, la relación con la tierra y el cielo, la divinidad y los mortales. Así, lo que el hombre cuida al habitar es la armonía que hay entre esas esferas, cuida la tierra, cuida el cielo, cuida lo sagrado, cuida a los otros mortales.

3. “La sociedad posmoderna es la edad del deslizamiento” (Lipovetsky, 2000, pg. 12)

Podría afirmarse que aquello de sacralidad en los lugares en el siglo XXI ha sido más bien sustituido por una nueva deidad: el consumo de placeres momentáneos en lugares que están medidos por el capital. Aquel habitar sagrado y armónico en que se busca permanecer, ha sido desplazado por la instantaneidad y la movilidad o por la extravagancia y el hiperconsumismo, propio del mundo globalizado.

Conclusiones

Se puede afirmar que, el *habitar*, desde esta perspectiva está en crisis y de allí también el vínculo con los otros, la tierra, con los demás seres no humanos, con nuestra propia humanidad. Hay en el fondo una especie de desarraigo, pero como bien afirma Heidegger, finalizando su conferencia “¿Qué pasaría si el desarraigo del hombre consistiera en el hecho de que el hombre todavía no medita sobre la propia penuria del habita? Sin embargo, apenas el hombre medita sobre el desarraigo, este ya no es más una miseria. Pensándolo bien y teniéndolo bien en cuenta, el desarraigo es la única exhortación que llama a los mortales al habitar” (Heidegger, 2015, p. 49).

Este desarraigo o crisis del *habitar* en el siglo XXI, tendría dos caminos: uno, el reestablecer los lazos originarios con el habitar, la tierra, el suelo, lo sagrado, el cuidar; dos, el crear nuevas formas de habitar con otra lógica que no esté en los lugares, sino en otras realidades, las cosas, los recuerdos, formas antiguas, ancestrales del habitar, incluso formas más primitivas que vuelvan a lo sencillo y lo esencial.

Bibliografía:

Aísa, Isabel. (2012) *Arquitectura y sensibilidad*. En: *Thémata*. Revista de Filosofía. Número 45. Universidad de Sevilla. España.

Heidegger, M. (2015) *Construir, habitar, pensar*. La Oficina ediciones. Madrid.

Heidegger, M. (2018) *Ser y tiempo*. Trotta. Madrid.

Husserl, Ed. (2013). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. FCE. México.

Pallasmaa J. (2021) *Habitar*. Editorial GG. Barcelona.

Lipovetsky, Gilles (2000) *La era del vacío*. Anagrama. España.

Moran, D., Cohen J. (2012) *The Husserl Dictionary*. Continuum International Publishing Group. London- New York.

Navaja, Gonzalo (2003) *Literatura, arquitectura, tecnología: el nuevo hábitat de la estética contemporánea*. En: *Revista de Occidente*, N° 262, 2003, págs. 97-110.

Safranski, R. (2013) *¿Cuánta globalización podemos soportar?* Tusguets Editores. México.

Zirión, A. (2017) *Breve diccionario analítico y conceptos husserlianos*. Instituto de investigaciones filosóficas. Facultad de filosofía y letras. UNAM. México.